

# OSCUROS LUGARES DEL DESEO EN NOVELAS DE CARMEN LAFORET

Rosa Navarro Durán

En este año de 2021 celebramos el centenario del nacimiento de Carmen Laforet, la autora de una de las novelas más espléndidas de la posguerra española: *Nada*, que ganó el premio Nadal en su primera convocatoria. El jurado supo leer muy bien la novela de una jovencísima escritora totalmente desconocida y tuvo el atrevimiento y el gran acierto de darle el premio frente a escritores consagrados. Desde entonces la crítica y los lectores no han hecho más que corroborar esa decisión que iba a prestigiar al premio recién creado, siempre unido ya a esa novela tan cercana a su propio nombre. La escritora nunca pudo superarla con sus otras novelas ni en belleza ni en éxito, y, sin embargo, en episodios de ellas sigue latiendo la genialidad que brilló intensamente en esa novela de sus veintitantos —pocos— años (la escribió de enero a septiembre de 1944).

Voy a escoger solo algunas breves escenas de tres de sus novelas cuyos protagonistas son adolescentes y huérfanos de madre: *Nada* (1945), *La isla y los demonios* (1952) y *La insolación* (1963), para mostrar cómo su arte narrativo consigue sugerir mucho con muy pocas palabras, y escojo para ello momentos que esbozan o describen el deseo sexual.

Un gesto, una mirada captados por quien los observa pueden ser muy elocuentes, porque en un texto lo intuitivo exige la colaboración del lector, y la imaginación suele ahondar en lo apuntado. Nos lo muestra una escena intensísima de *Nada*.

## Antonia y el perro Trueno

*Nada* son memorias de Andrea, las del año que vivió en Barcelona en la casa de sus tíos de la calle de Aribau al empezar sus estudios en la Universidad. En ese lugar los



Carmen Laforet.

personajes se unen al espacio que ocupan, en una atmósfera a menudo irrespirable, herencia de la terrible guerra civil que lo devastó todo.

Antonia, la criada vestida de negro, y Trueno, el perro negro, tienen su reino en la cocina y la protección del demoníaco Román, que les lleva comida; ella es su súbdito y su espía. Un día en que Andrea le pregunta a Antonia cuándo volverá su tío, ella se limita a afirmar: «Él volverá. Él nunca deja de volver. Se va y vuelve. Vuelve y se va...

Pero no se pierde nunca ¿verdad, Trueno? No hay que preocuparse». Y entonces describe la muchacha la mirada entre ambos: «Los ojos del animal relucían amarillos mirando a la mujer y los ojos de ella brillaban también, chicos y oscuros, entre los humos de la lumbre que estaba comenzando a encender», 66.

Román, en efecto, regresa; ha estado en los Pirineos en uno de sus viajes —sus trapicheos ilegales no contados le permiten manejar dinero— y lo cuenta a su madre, a Angustias y a Andrea. Y mientras habla de la nieve, de los profundos valles, del cielo gélido, sin gusto alguno por todo ello, Andrea observa esta escena: «Román mientras hablaba acariciaba las orejas del perro, que entornaba los ojos de placer. La criada, en la puerta, los acechaba; se secaba las manos en el delantal —aquellas manos aporreadas, con las uñas negras— sin saber lo que hacía y miraba, segura, insistente, las manos de Román en las orejas del perro», 69.

Esa mirada dice muchísimo y no necesita glosa alguna: es uno de los oscuros lugares del deseo. Alguna escena más subrayará esa tormenta de alma oculta. Tendremos que ir primero al capítulo XVI, en donde Román vive el fugaz episodio amoroso con Ena y está rejuvenecido, exultante. Se le acerca Trueno «perezoso y gordo» para saludarle, y él, al verlo así, le dice: «Amigo mío, si sigues así te degollaré como a un cerdo...». A Antonia, testigo de la escena, se le queda la sonrisa quieta y exclama: «¡No diga bromas, señorito Román! ¡Pobre Trueno! ¡Si cada día está más guapo!... ¿Verdad, Trueno? ¿Verdad, hijito?». Y otra vez Andrea describe el momento que une a los tres personajes: «Se puso en cuclillas la mujer y el perro le plantó sus patas en los hombros y lamió la cara oscura. Román miraba con curiosidad la escena y se le curvaban los labios en una expresión indefinible», 188.

Tres días después de la noche de San Juan, en que sucedió la tensísima escena en el balcón entre Román —acabado su inútil cortejo amoroso a Ena— y Gloria, Andrea oye aullar al perro en la escalera, «bajando, aterrado, del cuarto de Román. Traía en la oreja la marca de un mordisco». El hombre llevaba esos tres días encerrado en su cuarto. «La criada, al ver al perro herido por los dientes de Román, empezó a temblar como un azogado y le curó casi gimiendo ella también», 218-219.

Ella sería quien descubriera el cadáver del hombre, degollado con la navaja de afeitar —como había amena-

zado al perro—, y las últimas palabras que oímos a Antonia son las que dice a Trueno: «¡Ay!, ¡ay!, Trueno, hijito mío, ya no tienes padre...», 287.

Días más tarde Antonia se marchará de la casa; así se lo cuenta Gloria a Andrea: «Se marchó esta mañana de madrugada, mientras Juan dormía. Es que Juan no quería dejarle llevarse al perro, chica. Y ya sabes tú que Trueno era su amor... Se han fugado los dos juntitos», 295.

Como había dicho Andrea la noche de San Juan: «¿Quién puede entender los mil hilos que unen las almas de los hombres y el alcance de sus palabras?», 216. Es el mejor comentario a esas escenas que subrayan la primera, la esencial, en donde late el oscuro objeto del deseo en un gesto y en una mirada.

### Lo que ve Marta desde la ventana

*La isla y los demonios* «comienza un día de noviembre de 1938. Marta Camino llegó hasta el borde del agua, en el muelle en que debía atracar el correo de la Península», 9. Marta tiene dieciséis años, vive en Las Palmas de Gran Canaria, y está junto a su hermanastro y la mujer de este esperando la llegada de sus tíos paternos; con Daniel Camino, su mujer Matilde y Honesta Camino llega un pintor, Pablo, «un hombre joven, un amigo a quien la guerra civil había desarraigado de su familia y que tuvo la ocurrencia de marchar a las Canarias cuando supo que los otros tres se venían a las islas», 11. Los protagonistas de la escena que va a ver Marta, ya casi al final de la novela, serán su tía Honesta, una «exuberante y madura señorita», y Pablo, el pintor. Su «cara morena, de rasgos sensuales y simpáticos, estaba marcada por azares de una vida en la que no siempre había salido bien parado», 12. La adolescente Marta quedará seducida por el atractivo especial de ese artista, casado con una mujer rica, de la que está alejado, porque ella vive por entonces en México. La noticia de la muerte de la madre de Marta, una pobre enferma ausente por completo de lo que le rodea («no habla nunca y no da muestras de conocer a nadie», 19) desde el accidente que sufrió con su marido y en el que él —el padre de Marta— murió, da fin a la segunda parte; la tercera llevará a la marcha de los que llegan al comienzo a la isla; primero Pablo, luego los parientes y con ellos Marta, que, acabado el bachillerato, va a empezar en Madrid una nueva vida.

La escena en que sufre la mordedura de los demonios de la isla la observa de noche desde la ventana de su ha-

bitación; después de ser testigo de ella, dirá el narrador: «Nunca volvería a ser la criatura ciega y feliz de antes, después de haber sido mordida por los demonios», 319.

La casa estaba «sumergida en duelo», con el féretro de la muerta, rodeado de flores y velas, en el comedor, la habitación central de la casa que estaba en el piso bajo. Marta despierta de su sueño, echada vestida sobre la cama, y piensa en el pintor: «Volvió a sentir el amor de Pablo llenándola como el agua a un estanque, rebotándola, oprimiéndola». Lo que la había despertado era la voz sofocada de alguien en el jardín; era Hones y hablaba con Pablo. La muchacha intenta saber qué dicen, qué hacen: «Sin duda se habían besado. Sintió que le entraba un extraño mareo solo de pensar que Pablo, aquel hombre triste y bondadoso, pudiera besar a la mujer imbecil, vieja y pintarrajeada que era su tía Hones», 314-315. Duda de que sea cierto lo que ha creído oír, sigue escuchando y se convence de la presencia de ambos abajo, se levanta de la cama, se acerca de puntillas a la ventana, se apoya en ella y mira.

Primero no vio nada porque la noche, ya cercana al alba, se había hecho más oscura; oye un jadeo y un murmullo, ve una sombra más oscura que las otras, que parece la de un solo ser. «Luego distinguí claramente: Hones estaba sentada en las rodillas de Pablo». Marta sigue observando con todos sus sentidos fijos en la pareja: «Lo que ellos hacían le hizo perder de un golpe todas sus ideas sobre el pudor y la decencia. No sufría nada al ver aquello. Se sintió presa de una curiosidad sin pensamiento alguno [...]. Aquello la mareaba como puede marear la vista de la sangre saliendo de una herida». De pronto cesan las caricias, se quedan en silencio actores y observadora, porque Hones la había visto asomada a la ventana. «Ahora sí, sintió una vergüenza abrasadora. Todo lo que estaba parado en ella empezó a latir violento. Su sangre, su pensamiento. Se dejó caer de rodillas en el suelo de su cuarto [...]. Empezó a sufrir de asco. Empezó a sentirse tan enferma, que tuvo ganas de vomitar. Tenía un zumbido en los oídos que la aislaba de los ruidos de afuera. Ni siquiera sintió los pasos de ellos dos haciendo crujir el picón, al alejarse», 316-317.

Al día siguiente es el entierro de su madre, y cuando Hones la abraza con fuerza fingiendo tristeza, Marta «como en una especie de pataleta le pisoteó los pies con sus sandalias», 319. Todo el mundo lo interpreta como un ataque histérico propio del momento; es la venganza de la

adolescente por la muerte de la idealización que ella había hecho de Pablo.

Ya solo quedan para Marta días de espera para su marcha a la península. En su paseo solitario de despedida por la carretera cerca de la casa, en el que quema los papeles con sus impresiones escritas durante meses y su amor por el pintor, con una ramita traza en el polvo del camino polvoriento estas frases: «Los demonios están en todas partes del mundo. Se meten en el corazón de todos los hombres. Son las siete pasiones capitales», 331. Ella había sido *voyeuse* de una de ellas.

Luego lo borró con sus sandalias porque pensó que «los demonios no se pueden contar». Ellos anidan a veces en el corazón de los seres humanos, y una de sus mordeduras había abierto una herida inolvidable en su adolescencia.

### **Martín y sus dolorosos descubrimientos**

En 1963 se publica la que iba a ser la tercera novela de una trilogía que no llegó a existir y que Carmen Laforet quería llamar «Tres pasos fuera del tiempo»: *La insolación*, que narra «un primer impacto adolescente y completamente íntimo, con referencias apenas esbozadas sobre los años cuarenta, cuarenta y uno y cuarenta y dos en España», como dice la novelista en el «Por qué de esta trilogía» que antepone al texto, 8.

El título del relato, tan cercano al de *Insolación* de Emilia Pardo Bazán, no rinde cuentas de su contenido, que es mucho más; es una novela olvidada injustamente, con finísimos apuntes del desvelamiento de la sexualidad en adolescentes, en el triángulo formado por Anita y Carlos, los dos hermanos Corsi, y el protagonista, Martín Soto, porque la atracción que sienten no sigue los caminos habituales. Todo ello se esboza solo, aunque al final lo que no fue, pero parecía y podría haber sido, desemboque en los golpes brutales que recibirá el inocente Martín de su padre, Eugenio, un teniente del ejército.

Martín Soto vive con sus abuelos maternos en Alicante —su madre se murió de tuberculosis—, pero ese verano, antes de cumplir quince años —los cumple en octubre—, va a ir a pasar las vacaciones a casa de su padre en Beniteca, un lugar de la costa murciana con nombre ficticio, y lo va a hacer también los dos siguientes; los tres espacios de tiempo veraniegos están separados por muy breves intermedios, que resumen con unas pocas pincela-

das lo vivido por Martín en casa de los abuelos y sus estudios de bachillerato. La materia de la novela son esos veranos en casa de su padre y su madrastra porque son los que marcan sentimentalmente el paso de la adolescencia a la juventud de Martín.

Lo primero que va a observar no le atañe directamente a él, y es una escena que responde perfectamente al vínculo de unión escogido entre los relatos. Los protagonistas son Eugenio y su segunda mujer, Adela, «joven, blanda y blanca, con los ojos verdes y el pelo negro, con una boca húmeda y cierta expresión de estupidez», que vive el comienzo de su embarazo, 15; y el observador es un adolescente que no ha cumplido aún los quince años.

El matrimonio discute violentamente. Martín está a la sombra del cipresillo, junto al fresco brocal del pozo y «se tapaba y destapaba los oídos que recogían irregularmente los gritos que llegaban de la casa». Se termina la disputa durante la cena, y el narrador describe a ambos personajes: «Adela tenía los ojos hinchados de llorar. De cuando en cuando suspiraba, pero después, misteriosamente, sonreía. / Eugenio, con la camisa desabrochada, la cara roja, erguido en su silla, tenía un aire singular de gigante en tensión». Martín toma a cucharadas el plato de gazpacho sin levantar la vista, mira solo el hule de la mesa alrededor de su plato, y oye los sorbetones de su padre a cada cucharada que este toma.

Y de pronto el cubierto del padre cayó al suelo y Eugenio apartó la silla al levantarse. La mano del padre estaba sobre el hombro de Adela cuando Martín los miró boquiabierto.

—Largo, Martín, a la cama.

Le ardieron las orejas al chico. El padre estaba empujando a Adela hacia el pasillo que conducía a la alcoba.

—¡Largo, arriba! A la azotea, coño.

La mitad de la cena quedó sobre la mesa. Martín, en su cuarto, se desvistió a oscuras. El estómago hambriento le mordía como un perro. Notaba el corazón en la garganta y en las sienes, 31-32.

La narración es de una eficacia total; la mano de Eugenio en el hombro de Adela y el que la vaya empujando hacia el pasillo que lleva a la alcoba forman la muda descripción del deseo.

Serán muy distintos los momentos de ese sentimiento apuntados en la novela, y dibujan otras atracciones de la adolescencia de Martín, solo esbozadas, sin precisión aún, pero que ese padre tan «hombre» va a castigar brutalmente. Y la madrastra es la que vierte en el oído del militar las palabras del veneno. Ella ha contemplado una escena que no va a ser lo que aparenta: «Carlos se agarraba ahora al palo de la luz y empezaba a trepar por él, camino de la azotea, Adela necesitó unos cuantos segundos para alcanzar la comprensión de aquello que en el fondo de su mente, aun sin creerlo, estaba admitiendo ya. En su casa y delante de sus narices estaba ocurriendo algo que si se enteraba Eugenio de ello podía librarla de Martín para siempre», 346.

La comprensión de la escena —el destino de Carlos es la habitación de Martín— implica la lectura de la novela con los tres veranos dosificados espléndidamente en sus esbozos de sentimientos, de deseos de esos tres jóvenes, Martín, Carlos y Anita. La homosexualidad queda solo latente, descrita en sensaciones íntimas no confesadas del adolescente; pero el brutal castigo resuena como un trallazo en sus páginas. Detrás de él hay mucha oscura y miserable historia, contada hábilmente en *La insolación*, una espléndida novela. ■ ■